

EL SER HUMANO
EN LAS SOCIEDADES DESCRITAS
EN RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN

*José Arturo Alvarado Sánchez**

La literatura de ciencia ficción, que se abordará en este ensayo, valora las relaciones humanas dentro de las ciudades y los escenarios que aparecen en ella: a partir de algunos cuentos y relatos haré un análisis de algunas cuestiones que habitan dentro de ellos, con la finalidad de destacar la relevancia de éstas y reflexionar sobre nuestra realidad y el modo como nos comportamos.

La ciencia ficción, generalmente, pone en escena muchos aspectos relacionados con el acontecer y el devenir del ser humano. Aunque ya existían revistas y fanzines¹ desde la década de los años veinte del siglo pasado, el gran auge de esta literatura se presenta después de la Segunda Guerra Mundial.

En esos años a la ciencia ficción se le veía como un género menor por la mayoría de la crítica, ya que no se llegaba a entender la verdadera sustancia de esta literatura, con el consecuente

* Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la UNAM (arturo-09@hotmail.com).

¹ Fans de las revistas de la contracultura (revistas temáticas).

desarrollo de la tecnología, una vez terminada la guerra, y con la aparición de armas de destrucción masiva, esta literatura empezó a destacar.

En esa época aparecieron verdaderos clásicos de la ciencia ficción como *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, *Lotería solar* de Phillip Dick, y *Ciudad* de Clifford Simak por mencionar sólo algunos. En estos relatos y en los que haré mención veremos cómo se pone en perspectiva al ser humano y las relaciones con sus iguales, así como su entorno dentro de las ciudades descritas en esos futuros fantásticos.

Como menciona Michel Houellebecq:

En su gran periodo, la literatura de ciencia ficción podía hacer este tipo de cosas: realizar una auténtica puesta en perspectiva de la humanidad, de sus costumbres, de sus conocimientos, de sus valores, de su existencia misma; era, profundamente, una literatura filosófica. También era, profundamente, una literatura poética [...]²

De igual forma era una literatura crítica respecto a su contexto y, con base en ello, estos autores, tan incisivos en su visión, podían pronosticar en muchos sentidos el futuro que se avecinaría en las sucesivas décadas. Veamos un ejemplo en el siguiente fragmento del cuento “Clientela restringida” de 1951:

[...] el siglo XX fue un periodo de guerra continua. La mayor parte de la riqueza mundial se hallaba en manos de unas tres mil familias, que jamás llegaron a colaborar ampliamente entre sí. Existía una clase media que actuaba según dos ilusiones contradictorias. Una consistía en que ellos eran los dueños de la Tierra y la otra que cada uno tenía la oportunidad de llegar a formar parte del grupo menor que controlaba los bienes.

—Por otra parte—[...] había un grupo mucho mayor de obreros, a veces llamados proletarios. A éstos se les permitía alimentar la ilusión

² Michel Houellebecq, *Salir del siglo XX*. En www.palabrasmalditas.net.

de que eran iguales a los demás, y que también poseían la oportunidad de enriquecerse.

—También existían algunas razas inferiores y grupos religiosos que, cortésmente, eran llamados minorías. Se les permitía cierta libertad de agitación en pro de la igualdad, y ocasionalmente se le concedía algunas ganancias temporales. Pero tantas divisiones y subdivisiones tenían como consecuencia que la fuerza política del pueblo fuese el polvo de un cometa.³

Con el crecimiento de las ciudades a partir de la segunda mitad del siglo XX se empezó a percibir un fenómeno que ya es visible en todas ellas: concentraciones de personas en lugares reducidos. Este fenómeno ocasiona lo que vemos de forma cotidiana en nuestro entorno: sobrepoblación, falta de vivienda, de agua, de servicios básicos, y de una vida digna. Y esto genera violencia, encono y agresión, por eso Clifford Simak, en su novela *Ciudad*, nos dice lo siguiente:

Ninguna criatura de sistema nervioso bastante perfecto como para desarrollar una civilización, señalan, podría sobrevivir dentro de tan restringidos límites. El resultado, si se hiciese ese intento, afirman estas autoridades, conduciría a una neurosis general que en poco tiempo destruiría la misma civilización que había creado la ciudad.⁴

La ciencia ficción, en este sentido, también puso en perspectiva la relación del ser humano con su entorno al vaticinar la destrucción que podría conllevar el monstruoso avance tecnológico. Ray Bradbury, en su novela *Crónicas marcianas*, nos sumerge de una forma poética en esa visión apocalíptica de lo que vendría con el desarrollo de las sociedades que no piensan en la destrucción del entorno.

³ “Clientela restringida”, en Kendell F. Crossen, y Charles Nuetzel, *Los mejores relatos de anticipación*, Bilbao, 1972, pp. 107 y 108.

⁴ Clifford D. Simak, *Ciudad*, Buenos Aires, Minotauro, 1974, p. 14.

En dicha novela se cuentan las primeras exploraciones al planeta Marte y su posterior colonización. Pero a lo largo del relato vemos cómo el autor hace un recuento de los distintos momentos en la historia de la humanidad, cuando hubo un encuentro entre dos culturas; y cómo la cultura dominante, siempre termina destruyendo a la otra o asimilándola y transformándola en una cultura distinta. En la siguiente cita remarca cómo los marcianos aprendieron a convivir con su entorno y cómo nosotros nos fuimos alejando del mismo. “—Sabían cómo vivir con la naturaleza, y cómo entenderla. No trataron de ser sólo hombres y no animales: cuando apareció Darwin cometimos ese error [...] Fuimos y somos todavía un pueblo extraviado”.⁵

La última frase es desgarradora porque, al pensar en nuestro presente, podemos en cierto sentido afirmar que de igual manera nuestra sociedad se encuentra extraviada. Esta es una de las consecuencias de la globalización: nos sentimos cada vez más extraviados en una sociedad que está dominada por el miedo y el consumismo. Lo único que fomentan nuestras llamadas democracias es que vivamos en el miedo. Han creado una sociedad del miedo y después, como buenos comerciantes, nos venden la seguridad que creemos necesitar. Esto último, lo subrayó muy bien Bradbury: “Siempre había una minoría que tenía miedo de algo, y una gran mayoría que tenía miedo de la oscuridad, miedo del futuro, miedo del presente, miedo de ellos mismos y de las sombras de ellos mismos”.⁶

El miedo del que habla Bradbury en la cita anterior, obviamente, generaría como consecuencia el odio entre las personas, el odio al otro. Como bien sabemos, el ser humano le teme a lo desconocido, y en este caso lo desconocido es el otro. Innumerables sucesos hemos visto a lo largo de la historia que ejemplifican ese miedo. Las

⁵ Ray Bradbury, *Crónicas marcianas*, Barcelona, Minotauro, 1985, p. 104.

⁶ *Ibid.*, p. 160.

sociedades actuales viven con ese miedo y así lo hace ver Clifford Simak en su novela *Un anillo alrededor del sol*:

Fue entonces cuando comprendió definitivamente que aún allí, en el centro del país, en las granjas y en las pequeñas aldeas, en los comedores de la carretera, aún allí hervía el odio. Y eso constituía una muestra de la cultura edificada sobre la tierra: una cultura basada en el odio, en un orgullo terrible, en la desconfianza hacia todos los que hablaban otro idioma, usaban otra ropa o comían platos distintos.

Era una civilización mecánica desviada, de máquinas ruidosas; un mundo tecnológico capaz de proporcionar comodidades materiales, pero no justicia humana ni seguridad. Era una civilización que trabajaba los metales y ahondaba en el átomo, que dominaba los elementos químicos y construía artefactos peligrosos y complicados. Se había concentrado sobre el aspecto más técnico, ignorando la parte sociológica, para que cualquiera pudiese oprimir un botón a fin de destruir una ciudad lejana, sin saber, sin siquiera pensar en la vida, las costumbres, los hábitos, los pensamientos y las creencias de sus víctimas.⁷

Los eventos que han transcurrido desde aquellos lejanos años de la década de 1950, son precisamente los que menciona Simak: un mundo lleno de comodidades, pero no de justicia. Esta ciencia ficción es la que realmente vislumbra y hace un análisis filosófico del acontecer y el devenir.

En la ya citada *Ciudad*, Simak también toca un punto muy debatible, la vida en sociedad y sus implicaciones. Se vio líneas arriba que la crítica va encaminada hacia las ciudades. En el tercer cuento, Joe (un mutante que lleva una vida longeva y además, posee una inteligencia superior, logra comprender la filosofía de un erudito marciano, dicha filosofía haría que las sociedades avanzaran cientos de años en comprensión y conocimiento) al ser objeto de

⁷ Clifford D. Simak, *Un anillo alrededor del sol*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979 (Col. Nebulae), p. 194.

una crítica por no ayudar a sus semejantes y a su raza con la filosofía del marciano Juwain, él responde de la siguiente manera:

¿Y por qué debería yo —dijo el hombre— hacer algo por alguien que no ha nacido todavía? ¿Por qué debo preocuparme por años que no veré? Cuando yo muera, la gloria y los elogios, las banderas y clarines, no tendrán significado para mí. Yo mismo no sabré si he tenido una vida muy rica o una muy pobre [...] La preservación de la raza es un mito [...] un mito que los ayuda a vivir, algo sórdido que ha surgido de la estructura social. La raza muere todos los días. Cuando un hombre desaparece, la raza desaparece con él. En lo que a él concierne, ya no hay raza.⁸

¿Qué hace que nos mantengamos unidos y cada vez más hacinados en las grandes urbes? Resulta aterrador pensar que en reducidos espacios convivan, si a eso se le puede llamar convivir, miles de personas en los subterráneos o metros. ¿Es ese mito llamado raza? ¿Es miedo a la soledad? He ahí la crítica de la ciencia ficción y en este caso la de Simak a las sociedades contemporáneas. Las enormes urbes se mantienen sobre hielo demasiado delgado, las reglas mínimas de convivencia se resquebrajan cuando surge cualquier atisbo de falta de orden. Las sociedades actuales necesitan, parece ser, de una correa como el perro para mantenerse en orden, cuando ésta falta, podemos ver hechos tan lamentables como los recurrentes linchamientos. Es así como las sociedades se estructuran en estos relatos, los hombres que las conforman necesitan aprobación de ellos mismos. Y al respecto Simak comenta lo siguiente:

Los hombres necesitaban la aprobación de sus semejantes, rendían culto a una especie de compañerismo. Era una necesidad psicológica, o casi psicológica, de que los demás aprobasen la conducta y los actos propios. Una fuerza que había impedido que los hombres escapasen

⁸ Simak, *Un anillo alrededor...*, pp. 107 y 108.

por tangentes antisociales, una fuerza que había contribuido a la seguridad social y la solidaridad humana [...] Muchos hombres habían muerto buscando esa aprobación, o habían vivido buscando también esa aprobación. Pues sin ella el hombre vivía reducido a sí mismo, como un paria, un animal expulsado del rebaño [...] Las presiones sociales habían unido a los hombres durante milenios.⁹

Por eso en estas sociedades ser un paria, un extemporáneo, sentirse un extraño en tierra extraña no es concebible. En su novela *Farhenheit 451*, Bradbury ya alertaba sobre lo que le pasaría a las personas que no encajaran en la sociedad mecanizada y sobreenformada: ¡Serían reducidos a cenizas! En su cuento, *El peatón*, Bradbury narra la historia de un viejo escritor cuyo pasatiempo además de la escritura, era pasear por las calles de su colonia por las noches, hasta que unos policías lo detienen, éstos ya no son humanos (cuestión curiosa, aquí Bradbury hace una analogía del comportamiento de las fuerzas del orden con los robots, pues con ninguno se puede entablar razonamientos) es interrogado, y al no responder tener esposa, dedicarse a escribir, vivir solo y tener como pasatiempo el caminar por las noches, los policías deducen que se trata de un ser antisocial y debe ser trasladado al Centro Psiquiátrico de Investigación de Tendencias Regresivas. No es concebible en estas sociedades, una persona que no necesite de los demás.

Los personajes que habitan en las ciudades descritas por la ciencia ficción suelen vivir en constante soledad, ya sea un mundo habitado por muertos vivientes como es el caso de la novela *Soy leyenda*, en un planeta nuevo como Marte, en ciudades súper pobladas y mecanizadas, o en la soledad que les causa no poder entenderse con los demás. Y tan solos se sienten, que en algunos de los casos tratan de escapar de la realidad que los abruma. En la novela ya mencionada *Un anillo alrededor del sol*, el autor comenta lo siguiente:

⁹ *Ibid.*, p. 109.

Todo aquello era lamentable, por supuesto. Personas adultas que fingían vivir en otra época, confesando públicamente su falta de ajuste con la propia, esa intranquilidad que los obligaba a retroceder hacia otros tiempos, otros acontecimientos, donde hallaban las mohosas emociones de una existencia prestada. Marcaba con un amargo fracaso la vida de esas personas, en una vacuidad terrible que no les permitía existir por sí, el reclamo a voz en cuello de un abismo que requería ser cubierto.

El movimiento en sí era escapismo puro, por supuesto, pero ¿de qué escapaba toda esa gente? De la inseguridad, tal vez. De la tensión, de una intranquilidad cotidiana e incesante que nunca llegaba a ser temor declarado, pero tampoco acababa en paz. Tal vez del estado mental de no sentirse jamás seguro: un estado mental que todos los refinamientos de una tecnología altamente desarrollada no podían compensar.¹⁰

De nuevo aparece la idea de que una sociedad mecanizada sólo traerá como consecuencia la alienación y la mediatización de sus habitantes, y ellos buscarán ausentarse de la realidad, como en líneas expuestas arriba, o alternativas distintas. Los nuevos teléfonos y dispositivos portátiles que ahora son tan comunes parece que hacen bien su función de retraernos más en nosotros y así perder la cuestión de sociabilidad. Cada vez más solos, y a la vez con cientos y miles de amigos *virtuales*. La soledad es lo que define a las personas que habitan estas ciudades y futuros. Todos ellos son una muestra o un símil de hasta dónde podemos llegar. En el cuento “Deserción” que aparece en la novela *Ciudad*, continúa Simak describiendo cómo la sociedad se ha estado desmoronando desde que aparecieran los grandes avances tecnológicos:

Su naturaleza es esencialmente pobre. Del mismo modo su falta de estabilidad es un hecho evidente. Que haya vivido preocupada por la idea de una civilización mecánica y no por una cultura basada en conceptos más valiosos y sólidos indica falta de carácter [...]. La inca-

¹⁰ Simak, *Un anillo alrededor...*, p. 43.

pacidad del hombre para comprender y apreciar las ideas y los puntos de vista de sus semejantes tendría que haber sido un obstáculo inventible que ningún aumento de la capacidad mecánica podría derriuir.¹¹

Es aquí donde encontramos una clara señal de la crítica a los seres humanos dentro de estas sociedades. La incapacidad de comprendernos, la cada vez más evidente falta de empatía. Por eso es que vivimos en soledad, la incapacidad de ver el mundo con los ojos de los demás, de sentir realmente cómo sienten los demás, ésa es la soledad de la que hablan estos relatos y en la que, a mi modo de ver, nos encontramos actualmente. “Hombres que andaban solos, en una terrible soledad, y hablaban como niños exploradores intercambiando sus mensajes con banderitas. Incapaces de establecer una verdadera comunicación como la de él y Towser. Alejados para siempre de todo contacto íntimo y personal con otros.”¹²

Aunque la novela *Ciudad* es considerada un clásico dentro del género parece ser que no ha sido desmenuzada en su tesis central que es la soledad del hombre. De regreso con el mutante Joe, él representa al otro, él ha descifrado la filosofía marciana como se comentó. Él sabe lo que tanto ansían conocer los humanos y se lo hace saber al censor, la respuesta del porqué las sociedades están destinadas a desaparecer:

[...] Esencialmente —dijo Joe— ustedes los humanos viven solos. Nunca conocen a sus semejantes. No pueden conocerlos; carecen de puntos comunes. Cultivan amistades, pero basadas en simples emociones, nunca en una comprensión real. Persiguen fines similares es cierto. Pero más por tolerancia que por afinidad. Abordan los problemas de mutuo acuerdo; un acuerdo aparente que es sólo el triunfo de los más fuertes sobre la oposición de los más débiles.¹³

¹¹ *Ibid.*, p. 133.

¹² *Ibid.*, p. 130.

¹³ *Ibid.*, p. 151.

De igual forma pensamos que la inteligencia, ese don que se supone nos separa de los animales nos llevará a tener una vida más digna. Pero ser inteligente como tal, nunca ha sido una garantía de tener una vida digna entre las personas, como menciona Daniel Keyes en su novela *Flores para Algernon*:

La inteligencia es uno de los mayores dones del hombre [...] la inteligencia sin la capacidad de dar y recibir un afecto conduce al derrumbe mental y moral, a la neurosis e incluso a la psicosis. Y digo que la mente absorbida en un interés egoísta tomado como un fin en sí mismo, con exclusión de toda relación humana, no puede conducir más que a la violencia y al dolor.¹⁴

Hay que ser inteligente para infligir dolor, para pasar encima de los demás con tal de tener ciertas ventajas, hay que ser inteligente para competir y ganar a costa de lo que sea, hay que ser inteligente para crear armas, hay que ser inteligente para crearlas de una manera en que destruyan más personas, eso es para lo que estamos educados en las sociedades contemporáneas. Si no entras en la dinámica entonces eres considerado un extemporáneo, un paria, un desadaptado.

En la literatura de ciencia ficción existe un claro ejemplo donde la normalidad, el amor y la soledad se ven de manera distinta. En su novela *Soy leyenda*, Richard Matheson, extrapola toda noción de soledad. Robert Neville, el protagonista, es el último humano sobre la tierra. Una tierra habitada por vampiros. Una visión apocalíptica, pero más allá de la destrucción de la humanidad, nos hace ver, de una forma cruda, cómo el hombre se acostumbra a vivir solo; por un momento en el relato se encuentra a un perro, que termina muriendo, cuando esto sucede Neville decide beber, beber hasta saciar su sed de compañía. Más adelante, cuando parece encontrarse con una compañera, Neville se cuestiona, si no será mejor ya quedarse solo y no complicar su existencia. Volver a em-

¹⁴ Daniel Keyes, *Flores para Algernon*, México, SM, 1966, p. 111.

pezar de cero le cuesta trabajo, pensar en tener una familia con la chica llamada Ruth ya no parece ser opción, la normalidad para él es la muerte, la desolación, los gritos constantes de vampiros fuera de su casa acechándolo, y la soledad. “El mundo ha enloquecido, pensó. Los muertos se pasean por las calles, y no me sorprende. El retorno de los cadáveres es hoy asunto trivial. ¡Con qué rapidez acepta uno lo increíble, si lo ve a menudo!”¹⁵

De igual forma que Robert Neville, nuestras sociedades se han acostumbrado a situaciones tan terribles como la violencia, la individualidad, el egoísmo, la pobreza extrema y el hambre. De ahí se desprende el reproche que Neville hace a la sociedad que ya no existe, y que se creía eterna. Ya que ni todo el saber, ni todo el avance tecnológico pueden salvar a una raza condenada. “Neville se detuvo allí un momento, paseando los ojos por la sala silenciosa, sacudiendo lentamente la cabeza. Tantos libros, pensó; restos de la inteligencia de un planeta, migajas de mentes fútiles, popurrí de sistemas incapaces de impedir la muerte del hombre.”¹⁶

Pero ¿qué es lo que lleva a la soledad y a estar condenados a estos personajes? La mecanización, los medios masivos de comunicación, las guerras siempre constantes, la idea de competir y ser un ganador, el egoísmo, el miedo, el odio y la total falta de comprensión entre semejantes. En su cuento “La sirena”, Bradbury nos da otra pista. En una isla solitaria existe un faro que emite un sonido de sirena, dicho sonido atrae a una criatura milenaria de las profundidades, acudiendo a lo que ella cree, es el llamado de uno de sus iguales: “Haré un sonido y un aparato y lo llamarán la sirena y quienes lo oigan conocerán la tristeza de la eternidad y la brevedad de la vida”.¹⁷

¹⁵ Richard Matheson, *Soy leyenda*, Barcelona, Minotauro, 2003, p. 64.

¹⁶ *Ibid.*, p. 76.

¹⁷ Ray Bradbury, *Las doradas manzanas del sol*, Barcelona, Minotauro, 1985, p. 12.

La tristeza de la eternidad y la brevedad de la vida. Los hombres se creen destinados a eternizarse como especie, aun cuando sus vidas sean realmente cortas. Sin darse cuenta de lo triste que es la eternidad. Una primera contradicción de las muchas que nosotros mismos podemos encontrar en nuestro modo de pensar, una imposibilidad, misma de la que hace mención Bradbury, cuando uno de los protagonistas del cuento divisa a la criatura milenaria:

—¡Es imposible! —dije.

—No, Johnny, nosotros somos imposibles. Él es lo que era hace diez millones de años. No ha cambiado. Nosotros y la tierra cambiamos, nos hicimos imposibles. Nosotros.¹⁸

No hay que perder de vista que el hilo conductor dentro de estas realidades es la soledad. La criatura de Bradbury acude al llamado de la sirena porque cree haber encontrado a su par. Un ser único, pensando haber encontrado compañía en su milenaria soledad. Y los habitantes de las ciudades fantásticas aun viviendo rodeados de miles de millones de personas se sentirán siempre solos. La soledad ha alcanzado al hombre por ese avance tecnológico que se desarrolla con una velocidad tal, que no da tiempo para que las sociedades razonen las verdaderas implicaciones del mismo, como bien apunta Simak:

[...] el hombre estaba corriendo una carrera, si no consigo mismo, con algún competidor invisible que le rozaba los talones. El hombre corría locamente detrás del poder y el conocimiento, pero no hay en ninguna parte señal alguna que indique qué haría una vez que los hubiese alcanzado [...] Subrayan todo esto las pruebas repetidas de la desorientación del hombre, su ir de aquí para allá, su obstinación por crear un modo de vivir que continuamente lo elude, quizá porque él mismo no sabe exactamente qué quiere.¹⁹

¹⁸ *Loc. cit.*

¹⁹ Simak, *op. cit.*, p. 134.

En su cuento: “La orgía de los vivos y de los moribundos”, Brian Aldiss narra la historia de un inglés que tiene como amante a una chica de la India. Él se traslada a Calcuta en busca de compañía y amor elementos que no encuentra con su esposa en Inglaterra. Y como suele suceder, en una sociedad carente de valores como es su país natal, el protagonista lo que hace es tratar de imponerle su cultura a la mujer india. Pero ella con una cultura distinta, es una mujer más sensible y al darse cuenta le reprocha,

tú no puedes comprender el hambre como hambre, porque allí, en tu mundo, eso no existe, y no puedes concebirlo sino como hambre de amor. ¡No puedes sentir otra cosa! El hambre de amor, ésa es la experiencia que Europa y América comparten. En ese sentido vuestras tierras son verdaderos desiertos. Esa hambre de amor es la gran neurosis que os lleva a vivir entre máquinas.²⁰

Vivir entre las máquinas. A eso llegan las sociedades futuristas. Carentes de amor y de valores. Vivir sintiéndose solos en un mundo superpoblado. Otra contradicción. La sociedad empezó a buscar alguna esperanza, por eso en muchos relatos abandonan la Tierra. Pero esa esperanza de salir, es lo que la mantiene viva y neurotizada. En su cuento “...y el estancamiento del corazón”, Aldiss hace una fuerte crítica a su sociedad, al verse desesperada por buscar respuestas fuera del planeta. “El hombre enfermó cuando descubrió que vivía en un planeta; cuando el mundo fue de pronto finito las aspiraciones humanas se volvieron infinitas ¿y qué demonios podían estar haciendo esos idiotas?”²¹

Suelo pensar que la posibilidad de habitar otro planeta, digamos Marte, sólo es un paliativo para que las personas tengan alguna esperanza. Ya que si no fuera por ese sueño, se sentirían encerrados en un lugar del cual no podrán salir jamás. Por eso al volverse infinitas las aspiraciones, la misma sociedad tiende a

²⁰ Brian W. Aldiss, *El momento del eclipse*, Barcelona, Minotauro, 1978, p. 65.

²¹ *Ibid.*, p. 185.

destruirse de una y mil formas. En la novela *Un anillo alrededor del sol* de Simak, el planeta en el que la sociedad habita es uno de una infinidad y el protagonista descubre que este mundo que habitamos, se ha tornado hacia el egoísmo:

Una de esas Tierras había resultado un fracaso. En algún punto, por el largo sendero recorrido por la humanidad desde el primate, había tomado el rumbo equivocado. Desde ese momento la historia era una larga ruta de angustias. El pueblo era inteligente, diestro y bueno..., pero la inteligencia y la destreza se habían volcado hacia canales de odio y arrogancia; en cuanto a la bondad, ésa estaba ya sepultada por el egoísmo.²²

No es nada optimista el futuro en estas sociedades, el hombre en su soledad está destinado por el momento a seguir por ese derrotero. Ya que como lo describe Simak con todo y el avance tecnológico, nunca dejamos de ser ese homínido que le teme a lo desconocido: “‘Todavía somos salvajes’, pensó. ‘Seguimos acurrucados en nuestra cueva, con la vista fija en la hoguera humeante que custodia la entrada contra la ilimitada oscuridad del mundo. Algún día perforaremos esa oscuridad, pero no será ahora’”.²³

Ese temor a lo desconocido, ha llevado a estas sociedades, por un lado, a guerras interminables y, por el otro, a una total ignorancia de dichos eventos. En la novela *Crónicas marcianas*, uno de los personajes al ver con su telescopio como había luces brillantes por toda la tierra debido a detonaciones nucleares, menciona lo siguiente:

—En mi infancia era lo mismo —explicó el padre Peregrine—. Nos decían que había estallado la guerra en China y no lo creíamos. China estaba demasiado lejos. Y moría demasiada gente. Imposible. No lo creíamos ni al ver las películas. Bueno, así es ahora. La Tierra es

²² Simak, *Un anillo alrededor...*, p. 152.

²³ *Ibid.*, p. 173.

China. Está tan lejos que parece irreal. No está aquí. No se puede tocar. No se puede ver. Es sólo una luz verde. ¿En esa luz viven dos billones de personas? ¡Increíble! ¿Una guerra? No oímos las explosiones.²⁴

Es elocuente la cita anterior, ya que en nuestra realidad acontece algo parecido: los conflictos bélicos, que nunca han cesado, nos parecen tan lejanos que no les tomamos la mínima relevancia. Ni siquiera los que suceden dentro de nuestras fronteras, vivimos encerrados en nuestras burbujas de realidad, cómodos en nuestros sillones y reconfortados por las imágenes que salen del televisor.

—Estoy quemando toda una manera de vivir, de la misma forma en que otra manera de vivir se quema ahora en la Tierra [...] La vida en la tierra nunca fue nada buena. La ciencia se nos adelantó demasiado, con demasiada rapidez, y la gente se extravió en una maraña mecánica, dedicándose como niños a cosas bonitas: artefactos, helicópteros, cohetes; dando importancia a lo que no tenía importancia, preocupándose por las máquinas más que por el modo de dominar a las máquinas. Las guerras crecieron y crecieron y por último acabaron con la Tierra. Por eso han callado los radios. Por eso hemos huido [...].²⁵

En nuestras sociedades, las personas viven todos los días en su agobiante rutina, para después pasar sus últimas horas del día frente a la pantalla del televisor. Aunque la mayoría de los habitantes siguen esta rutina siempre en toda sociedad existen individuos que no aceptan por una u otra razón ese tipo de vida. Y en una sociedad donde ser normal es seguir esos parámetros, aquel que no los sigue es considerado un loco o desadaptado, como el personaje del cuento, “El asesino” de Ray Bradbury:

—Señor Brock, ¿puedo sugerirle que su conducta hasta ese momento no había sido muy... práctica? Si no le gustan los radios de transistores, o las radios de oficina, o las radios de auto ¿por qué no se unió a

²⁴ Bradbury, *Las doradas manzanas...*, p. 195.

²⁵ *Ibid.*, p. 258.

alguna asociación de enemigos de la radio, firmó peticiones, o luchó por normas legales y constitucionales? Al fin y al cabo, estamos en una democracia.

—Y yo —dijo Brock— estoy en lo que se llama una minoría. Me uní a asociaciones, firmé peticiones, llevé el asunto a la justicia. Protesté todos los años. Todos se rieron. Todos amaban las radios y los anuncios. Yo estaba fuera de lugar.²⁶

En este par de párrafos podemos notar como el que suele ser un inadaptable, generalmente, es quien tiene la razón: no siempre las mayorías están en lo correcto, como es evidente en la sociedad en la que nos movemos. Pero hay que tener en cuenta que esto se debe sobre todo al control que ejercen los medios de comunicación. Ya en los relatos de aquellos años se prevenía ante el enorme poder que iban adquiriendo los medios masivos de comunicación, por eso el personaje del cuento “El asesino”, decide acabar con todo aparato electrónico que sirva para aislar a las personas unas de otras.

Luego fui y maté el televisor, esa bestia insidiosa, esa Medusa, que petrifica a un billón de personas todas las noches con una fija mirada, esa sirena que llama y canta y promete tanto, y da, al fin y al cabo, tan poco, y yo mismo siempre volviendo a él, volviendo y esperando hasta que... ¡pum!²⁷

Una previsión que ha sido acertada. A la fecha ésa es la descripción que define muy bien la actuación de los medios de comunicación en las sociedades contemporáneas. Y continúa el personaje:

Era tan agradable al principio. La sola idea de esas cosas, tan prácticas, era maravillosa. Eran casi juguetes con los que uno podía divertirse. Pero la gente fue demasiado lejos, y se encontró envuelta en una red de la que no podía salir, ni siquiera advertía que estaba dentro. Así

²⁶ *Ibid.*, p. 74.

²⁷ *Ibid.*, p. 76.

que dieron a sus nervios otro nombre “La vida moderna”, dijeron. “Tensión”, dijeron.²⁸

En uno de los cuentos de las *Crónicas marcianas* de Bradbury, la nueva sociedad dispuesta a habitar Marte, tiene la oportunidad de comenzar una civilización nueva, pero hay que recordar que esa nueva civilización en Marte, primero destruyó lo poco que quedaba de los marcianos. Así pues llegamos de nuevo a esa imposibilidad o contradicción que parece inherente a los hombres dentro de estas sociedades.

En su relato *No tengo boca y debo gritar*, Harlan Ellison, de igual forma nos maneja una imposibilidad, el relato describe un futuro donde la computadora AM ha eliminado a toda la población del mundo. Cuando la máquina cobró conciencia, se dio cuenta que nunca podría tener lo mismo que nos falta a nosotros: empatía. Y eso, con su capacidad de razonamiento, sólo la enfureció. Mantuvo a cinco sobrevivientes para torturarlos eternamente. El odio de la computadora hacia los seres humanos lo define uno de ellos de la siguiente manera:

Nosotros le habíamos dado a AM capacidad para percibir. Inadvertidamente, desde luego, pero capacidad de percepción a pesar de todo. Pero esa facultad estaba constreñida. AM no era Dios, era una máquina. Nosotros la habíamos creado para pensar, pero no había nada que pudiera hacer con esa creatividad. Con rabia, con frenesí, la máquina había matado a la raza humana, a casi todos nosotros, y su capacidad seguía constreñida. AM no podía divagar. AM no podía asombrarse. AM no podía formar parte de nada. Tan solo podía existir. Y así, con el odio innato que las máquinas siempre han sentido por las débiles y blandas criaturas que los han construido, había buscado venganza.²⁹

²⁸ *Ibid.*, p. 77.

²⁹ Thomas F. Monteleone [comp.], *Mensajes de la era del ordenador*, Barcelona, Ultramar Editores, 1986, p. 231.

AM es la analogía de nuestras sociedades, si continúan por el mismo camino, el hecho de que sólo podemos existir, sin nada que nos defina, que nos haga distintos, que nos haga asombrarnos, que nos haga amar; que no sólo nos haga existir, sino, ¡vivir! Entonces, ahora comprendo por qué el odio y la sinrazón es lo que nos definirá en un futuro no muy distante. La Máquina ha ganado.

Para concluir quisiera retomar la idea de la contradicción inherente a la condición humana vista en los relatos de ciencia ficción aquí expuestos. En su cuento “El día que partimos hacia Cítereá”, Brian Aldiss sentencia a la perfección la idea expuesta, en él, varios amigos discuten acerca de las contradicciones que existen en la vida, disertan acerca de cómo las ciencias y las humanidades se encuentran y se contraponen, tratando de llegar a una verdad. Hasta que un joven les comenta lo siguiente:

— Es probable que usted y sus amigos hayan dicho la verdad por accidente, toda la tarde. Quizá nuestro sentido del tiempo esté en verdad trastocado. Quizá no se sirve nunca el vino, o se sirve eternamente. Quizá somos contradicciones, cada uno de nosotros. Quizá [...], quizá somos demasiado imprecisos para sobrevivir [...].³⁰

El ser humano, dentro de las sociedades en los relatos de ciencia ficción, es demasiado contradictorio e impreciso para sobrevivir. Para llegar a esa conclusión los autores vistos, cada uno desde su perspectiva, diseccionaron su contexto y su sociedad, hicieron una extrapolación hacia un futuro posible que, como se expuso, no es nada alentador. Es innegable cómo varias predicciones se han cumplido. Y ni así se ha tomado conciencia. Si uno se fija en lontananza sólo se vislumbra el camino de la contradicción y este sendero le imposibilitará al hombre, en pocos años, poder sobrevivir.

³⁰ Brian W. Aldiss, *El momento del eclipse*, Barcelona, Minotauro, 1978, p. 39.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldiss, Brian W., *El momento del eclipse*, Barcelona, Minotauro, 2002.
- Bradbury, Ray, *Crónicas marcianas*, Barcelona, Minotauro, 2000.
- _____, *Las doradas manzanas del sol*, Barcelona, Minotauro, 1985.
- Crosen, Kendell F. y Charles Nuetzel, *Los mejores relatos de anticipación*, Bilbao, Bruguera, 1972.
- Matheson, Richard, *Soy leyenda*, Barcelona, Minotauro, 2003.
- Monteleone, Thomas F. [comp.], *Mensajes de la era del ordenador*, Barcelona, Ultramar Editores, 1986.
- Simak, Clifford D., *Ciudad*, Buenos Aires, Minotauro, 1974 (Col. Otros Mundos).
- _____, *Un anillo alrededor del sol*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979 (Col. Nebulae).